

AIBR

**Revista de Antropología
Iberoamericana**

www.aibr.org

Volumen 21

Número 2

Mayo - Agosto 2026

Pp. 267 - 290

Madrid: Antropólogos
Iberoamericanos en Red.
ISSN: 1695-9752
E-ISSN: 1578-9705

Emociones en movimiento: Migración, transnacionalismo y pertenencia

Isabel González Enríquez

Universidad Complutense de Madrid
isgonz12@ucm.es

Sandra Fernández García

Universidad Nacional de Educación a Distancia
sandrafg@fsof.uned.es

Recibido: 23.04.2025

Aceptado: 14.07.2025

DOI: 10.11156/aibr.210205



RESUMEN

Este artículo presenta una descripción y un análisis de algunas de las «contiendas emocionales» desplegadas por los migrantes venezolanos en su proceso de asentamiento en la ciudad de Bogotá en relación con tres ámbitos de experiencia o tres encuentros emocionales diferenciados pero estrechamente relacionados entre sí: la relación de los migrantes con la población local y más específicamente con los funcionarios públicos encargados de atender a los migrantes en contextos institucionales, altamente estructurados y profesionalizados; el (des)encuentro con el proceso de reconfiguración de la familia transnacional que se produce en los momentos inmediatamente posteriores a la llegada y la relación de los migrantes con la autoimagen de sí mismos que se deriva tanto de su contacto con la población local colombiana como con sus familiares ya asentados en la ciudad. Mediante una investigación de corte etnográfico este artículo pretende profundizar en la comprensión del papel que juegan las emociones como elementos constitutivos de las relaciones de poder en contextos migratorios al tiempo que reflexiona sobre los retos comunes que la experiencia de la movilidad transnacional imprime en los cuerpos de los sujetos migrantes.

PALABRAS CLAVE

Emociones, migración, transnacionalismo, pertenencia, Bogotá (Colombia).

EMOTIONS ON THE MOVE: MIGRATION, TRANSNATIONALISM AND BELONGING

ABSTRACT

This paper presents a description and analysis of some of the “emotional struggles” deployed by Venezuelan migrants in their settlement process in the city of Bogota in relation to three areas of experience or three differentiated but closely interrelated emotional encounters: the relationship of migrants with the local population and more specifically with public officials within structured, professionalized institutional settings; the (dis)encounter with the process of reconfiguration of the transnational family that occurs in the moments immediately after arrival; and the relationship of migrants with the self-image that derives both from their contact with the local Colombian population and with their relatives already settled in the city. Through ethnographic research, this article aims to deepen the understanding of the role played by emotions as constitutive elements of power relations in migration contexts while reflecting on the common challenges that the experience of transnational mobility imprints on the bodies of migrant subjects.

KEY WORDS

Emotions, migration, transnationalism, belonging, Bogota (Colombia).

1. Introducción

La noción misma de «contienda emocional» que Besserer (2014) denomina «contienda de sentimientos» alude a la relación entre la dimensión emocional y la política en contextos marcados por la desigualdad. Por un lado, la forma convencional que adquieren las emociones en disputa puede entenderse como consustancial a las formas adoptadas por el ejercicio del poder en un contexto determinado. Las emociones no son solo herramientas del aparato de poder, sino que representan también productos de las relaciones políticas y económicas a las que esas mismas emociones contribuyen a dar forma. Por otro lado, hablar de contiendas emocionales en situaciones de desigualdad, no solo política y económica, sino también moral, alude a la diferenciación entre formas emocionales dominantes o hegemónicas y formas subalternas, emergentes o, como diría Jaggar, «proscritas» (2008, p.166, traducción propia). Las emociones proscritas de Jaggar, o «emociones convencionalmente inaceptables» (2008, p.166, traducción propia), serían respuestas emocionales típicamente experimentadas por sujetos subordinados en situaciones sociales desiguales. Estas emociones serían inaceptables por entrar en conflicto con las percepciones, normas o valores dominantes en el contexto o situación determinada de que se trate. Por este mismo motivo podrían entenderse como formas de resistencia emocional y tendrían, también, un potencial subversivo al cuestionar la hegemonía emocional normativizada que estaría contribuyendo a reforzar o reproducir determinadas relaciones de poder (García-Dauder y Guzmán, 2024). Estas emociones inapropiadas podrían adquirir un carácter subversivo desde el punto de vista político precisamente porque serían subversivas desde el punto de vista epistemológico, permitiendo concepciones alternativas de la realidad y de los «hechos» (Jaggar, 2008). En este sentido, es precisamente el análisis del carácter inapropiado o proscrito de las prácticas emocionales, de aquello que parece no encajar, de la incomodidad, la herramienta clave para la generación de un conocimiento que, más que limitarse al re-conocimiento de los pares de opuestos dominante-subalterno/opresivo-subversivo/subordinación-resistencia, explora el potencial generador de las diversas formas de «habitar las normas» (Ahmed, 2015). Para Ahmed, de hecho, la experiencia de la incomodidad no caracterizaría exclusivamente la vivencia emocional del oprimido, sino que podrían experimentarla también, aunque en diversa medida, quienes habitan en las comodidades de lo normativo.

Esa incomodidad que haría imposible «hundirse» en el espacio, unirse a él, olvidar la separación, las «costuras» entre los cuerpos, abriría, sin embargo, las posibilidades para lo inesperado, para lo incierto, para todo

aquello que a priori no formaría parte del guion de lo convencionalmente aceptable, predecible o deseable. Y ahí radica, precisamente, tanto su potencial generador de alternativas y de transformación, como también la vivencia de la disputa, del conflicto y de la fricción, de la contienda. Los lugares y las partes de la contienda, lejos de poder reducirse a los pares de opuestos antes mencionados, cambian y se confunden a menudo entre sí. La disputa ocurre, de hecho, tanto en —y con— el propio cuerpo que, desorientado en su incomodidad, reclama constante y conscientemente nuestra atención, el «hacerse hueco», como en (y con) ese espacio amoldado y diseñado para una forma que no es la propia del que forman parte, también, los cuerpos de los otros.

Las contiendas emocionales que expondremos las entendemos, así, como incomodidades percibidas, sentidas y narradas en términos de lucha, de disputa, por parte de los migrantes venezolanos en su proceso de asentamiento en la ciudad de Bogotá: la erosión de la confianza en los contextos institucionales de atención a los recién llegados, el reforzamiento o resquebrajamiento del orden moral específico de la familia transnacional y la disputa en torno a la propia imagen por oposición al reflejo de una misma, percibido en la mirada de los otros. En los tres casos, las relaciones de poder enormemente desiguales vehiculan o dan forma a las emociones en disputa, a las formas de la incomodidad y también a las formas de habitarla. La migración de los venezolanos a Colombia, que en su mayoría establecen vínculos transnacionales con sus familiares y comunidades en origen mientras sueñan y trabajan por la reagrupación de sus familias en las comunidades de asentamiento o bien con el retorno, supone un desplazamiento de emociones y significados que toma la forma de una negociación constante, repleta de fricciones, dentro de la dimensión afectiva. Es en esta dialéctica de los afectos donde se mostrarán los «sentimientos inapropiados» de los migrantes transnacionales en un contexto productivo de sujetos descentrados y atomizados que dependen, según la lógica mercantilista dominante, exclusivamente de sí mismos, en cuanto individuos, para salir adelante (Besserer, 2014). En ese intentar «hacerse hueco», en el devenir, más que en el resultado de las contiendas emocionales, las mismas relaciones de poder corporalizadas pueden cambiar de forma, endurecerse o hacerse más porosas, transformándose.

Es el propósito de este artículo mostrar, precisamente, el potencial transformador y resistente de las prácticas emocionales desplegadas por los migrantes venezolanos recién llegados a la ciudad de Bogotá.

Para ello se abordará, en primer lugar, el enfoque teórico utilizado, situando el presente trabajo dentro de los estudios que versan sobre la relación entre movilidad y emociones, con especial atención a la emocio-

nalidad que rodea al encuentro burocrático. A continuación, se detallará el método de investigación utilizado y, posteriormente, se expondrá una breve contextualización de la migración venezolana en Colombia para ilustrar las condiciones socio-materiales en las que se produce este flujo migratorio, así como las asimetrías de las interacciones en los momentos posteriores a la llegada a Bogotá. En los epígrafes sucesivos se analizarán los tres encuentros emocionales antes mencionados. Estos encuentros no hacen referencia solamente a encuentros físicos, observados o no, sino a encuentros entre distintas formas de discurso, memoria y significación en la experiencia de los migrantes en los nuevos contextos de asentamiento. Estos encuentros y sus tensiones, esto es, los procesos de afectación mutua entre migrantes, sus familiares y residentes más antiguos de la ciudad de Bogotá, suponen la conformación del nuevo entorno, también emocional, que la migración pone en marcha.

2. Consideraciones teóricas

Las interacciones cotidianas de los migrantes en los nuevos contextos de asentamiento movilizan encuentros emocionales que van más allá de las especificidades de cada trayectoria migratoria o tipo de migración (Geoffrion y Cretton, 2021). Las emociones dan forma y son moldeadas a su vez por los procesos de movilidad y, en el caso de los migrantes transnacionales y los refugiados, impone enfrentar determinadas prácticas emocionales específicas que son parcialmente comunes a la experiencia migratoria (Svašek, 2010). La exposición de los migrantes a formas de discriminación y a discursos y emociones antiinmigración, el establecimiento de múltiples vínculos y pertenencias con los lugares y personas —experimentados, recordados e imaginados— en origen y destino o las formas, globalmente convencionalizadas, del encuentro burocrático, serían algunos ejemplos (Boric Bargetto, Gissi-Barbieri y Saldívar Arellano, 2021; Montiel, 2021; Rivero, 2019).

Pensemos, por ejemplo, en el contexto de las oficinas de atención gubernamental diseñadas por el gobierno municipal de la ciudad de Bogotá para atender a los migrantes venezolanos recién llegados a la capital de Colombia, donde realizamos la mayoría de las observaciones y entrevistas. En dichas oficinas, diseñadas, financiadas y dirigidas por entidades gubernamentales, la gestión del tiempo y el uso del espacio está programada y estructurada desde instancias que marcan, por tanto, la serie de comportamientos y actitudes aceptables de aquellas consideradas inadecuadas: desde el orden de atención, los espacios a ocupar en cada momento, los requisitos para obtener las ayudas, la información que debe

compartirse, probarse y las formas de la comprobación, los tiempos de espera, hasta los cuerpos que caben y los que esperan fuera.

La inherente violencia estructural de los procedimientos burocráticos, especialmente los relacionados con la gestión de la migración, convierte la experiencia emocional que representa el encuentro burocrático en una experiencia compartida. La deshumanización de los documentos y de los procesos administrativos produce, a menudo, que resulte fácil descartar a los migrantes como *expedientes sin cuerpo* (Geoffrion y Cretton, 2021; Wettergren, 2019). La opacidad, inaccesibilidad e indiferencia burocrática (González Enríquez, 2025; Herzfeld, 1992) conecta con estados emocionales en los migrantes que oscilan entre la esperanza y la ansiedad asociadas al ámbito de lo posible y la desesperanza, el miedo o la rabia de la imposibilidad característica de la vivencia del refugiado (Glaveanu y Womersley, 2021). El complejo proceso de afectación y de construcción de la propia noción de sí se ve, además, necesariamente afectada en el caso de los migrantes solicitantes de ayudas por el hecho de tener que relatar sus vidas y demostrar, física y narrativamente, que son cuerpos y sujetos que sufren mercedores de la generosidad pública (Fassin, 2003). El encuentro burocrático puede entenderse, así, como una demostración de la propia sumisión al Estado, siendo la espera y la particular temporalidad de la gestión burocrática una manera de disciplinar a sujetos considerados ambiguos, anómalos o amenazantes (Auyero, 2011 y 2012). La particular naturaleza de la espera en el caso de migrantes cuyo proyecto de futuro depende en gran medida del resultado de tal o cual procedimiento burocrático convierte a los migrantes en sujetos que pareciera que estuvieran conteniendo la respiración pero que no ceden, sin embargo, a la parálisis de la espera (Elliot, 2015 y 2016).

El desplazamiento es entendido, en este contexto, como un desplazamiento no solo físico, sino, también, de emociones y significados (Hirai, 2014). El desplazamiento que supone la travesía migratoria, la separación inicial que la migración implica para el migrante es representada, de hecho, como un desplazamiento y una ruptura que ocurriera dentro de una misma, precisamente en virtud de la inseparabilidad, la consustancialidad entre la persona y su entorno emocional más cercano:

Yo tengo mi cuerpo aquí en Colombia, en Bogotá, en Santa Fe de Bogotá, pero tengo mi corazón prendido en una bebé de dos años que tengo y en mi esposa, mi madre, otro hijo que se me quedó allá, mis hermanos, toda mi familia. Esto no es fácil y tampoco es fácil hablarlo (Óscar, fragmento de entrevista, 2019)¹.

1. Todas las fuentes primarias aparecen con pseudónimo para mantener el anonimato.

En la narración de Óscar, su corazón, como representación metafórica de las emociones, de la capacidad de sentir, se habría «separado» de sí mismo, incapaz de emprender el viaje y dejando, en esa ruptura, al cuerpo fracturado, desdoblado. El viaje inicial del migrante transnacional es vivido y puede representarse, así, no como un movimiento de un punto a otro, sino como la acción de tensar, de estirar los anclajes del propio ser con el mundo ilustrando el carácter afectivo, y conflictivo, de las tensiones inherentes a la vivencia del «aquí» y «allí».

Se ha optado, como en otros trabajos previos, por utilizar indistintamente los términos de *afecto*, *emoción* y *sentimiento* para evitar reproducir la histórica diferenciación entre cuerpo y cognición (Fernández García, Sánchez Valle y González Enríquez, 2025). Se ha tratado de priorizar, sin embargo, el uso del término «e-moción» por representar mejor la forma de entender las emociones, literal y figuradamente, como fuerzas que nos mueven y se mueven no dentro de nosotros, sino en nuestra relación sociomaterial con el entorno (Ahmed, 2015; Labanyi, 2016).

Por otro lado, los sentimientos típicamente analizados en relación con lo subversivo, lo subalterno o lo incómodo son aquellos que se suelen asociar con la experiencia de la opresión, con el malestar propio de saberse sometido a algún tipo de injusticia. La ira/rabia es, de hecho, «reconocida como la emoción política por excelencia ante las injusticias» (García-Dauder y Guzmán, 2024, p. 7). Desde los años 80, especialmente la teoría feminista y también los estudios decoloniales han mostrado el potencial político y epistémico de la rabia, así como su capacidad para articular distintas formas de resistencia (Ahmed, 2019; Lorde, 2022; Lugones, 2021). La emoción «proscrita» protagonista en el análisis de Jaggar, además del miedo, es también la ira en sus distintas variaciones y derivaciones: irritación, repugnancia, enfado (2008). También en el célebre libro de Ahmed (2015), *La política cultural de las emociones*, su análisis de la vinculación entre las emociones y la (in)justicia aborda fundamentalmente emociones tales como el dolor, la repugnancia, el odio o el miedo. Los estudios sobre los vínculos entre migración y emociones se han solido centrar, también, en las expresiones de malestar emocional como la desconfianza, el miedo o el resentimiento en los análisis de las interacciones entre la población migrante y las poblaciones locales en los contextos de asentamiento (Hall, 2017; Healy, 2007; Wise, 2010). Por otro lado, la dialéctica entre vergüenza y honor, obligación y culpa aparece como central en los análisis sobre las tensiones asociadas a las comunidades y familias transnacionales, especialmente en relación con la negociación entre los polos del eje autonomía-dependencia (Gonzálvez, 2016; Wise y Velayutham, 2017). Un caso aparte lo representaría el omnipresente estu-

dio de la nostalgia en relación con las migraciones, precisamente por su carácter de emoción no solo «apropiada», sino también mercantilizable tanto desde el punto de vista económico, como político y social (Besserer, 2014; Hirai, 2009).

Deseamos enfocarnos aquí, sin embargo, en otras formas de vehicular el malestar, de intentar «hacerse hueco» mostrando el potencial transgresor, transformador y resistente de emociones generalmente asociadas al ámbito de lo deseable, de lo normativo, como serían, por ejemplo, el orgullo, la indiferencia o la alegría.

3. Algunos apuntes metodológicos

El estudio etnográfico sobre el que se sustenta este artículo consistió fundamentalmente en entrevistas etnográficas, en su mayoría grabadas, y observaciones realizadas en tres oficinas de atención a migrantes venezolanos, ubicadas en Bogotá, entre los meses de septiembre y diciembre de 2019: en el Centro Integral de Atención al Migrante (CIAM) y el Centro Abrazar, ambos dependientes de la Secretaría Distrital de Integración Social de la Alcaldía de Bogotá, y en el Centro de Atención al Migrante de la Arquidiócesis de Bogotá. Los servicios que las instituciones prestaban a los migrantes que acudían se centraban en ofrecer información general, asesoría legal fundamentalmente relacionada con el estatus migratorio, atención en salud y nutrición a mujeres lactantes, mujeres gestantes y niños y niñas menores de 5 años principalmente centrada en combatir la desnutrición infantil, orientación en relación con la salud sexual y reproductiva, apoyo psicosocial y orientación laboral. En la selección de los migrantes entrevistados, se trató de incluir un muestreo de parámetros demográficos tales como edad, género y situación sociolaboral —previa y posterior a la migración— para tratar de no limitar el campo a un segmento poblacional demasiado acotado, construyendo de esta manera una muestra teórica (Hammersley y Atkinson, 1994) o muestra no-probabilística (Babbie, 2010). En ningún caso se trató de buscar una representatividad cuantitativa generalizable al colectivo estudiado, sino enriquecer el abordaje del estudio de las prácticas emocionales desplegadas por los migrantes transnacionales contemporáneos. Por las mismas características del flujo migratorio estudiado y el momento y lugares de realización del trabajo de campo, la gran mayoría de los migrantes entrevistados había migrado recientemente a Bogotá, entre los dos y diez meses previos a la realización de la entrevista, y todos mantenían vínculos afectivos fuertes, en su mayoría familiares, con personas que habían permanecido en Venezuela.

De cara al análisis se han utilizado un total de 15 entrevistas en profundidad realizadas a migrantes venezolanos de entre 18 y 51 años —8 mujeres y 7 hombres— que esperaban a ser atendidos en las oficinas antes mencionadas, aunque en algún caso se realizaron en contextos más informales en cafeterías o espacios públicos cercanos, siempre con el consentimiento informado de los participantes. Se realizaron, también, 9 entrevistas a funcionarios encargados de la atención a los migrantes, tanto funcionarios gubernamentales como representantes de ONG y otras organizaciones humanitarias o religiosas, así como un grupo focal con los trabajadores de una de las ONG que prestaba apoyo nutricional a la primera infancia en el CIAM de Bogotá. Las observaciones pudieron realizarse tanto en las salas de espera y espacios abiertos de las tres oficinas como en algunas salas de atención durante las interacciones entre migrantes y funcionarios.

Lo primero que nos sorprendió al llegar al CIAM de Bogotá, principal lugar de atención a los venezolanos recién llegados a la ciudad y lugar de realización de la mayoría de las entrevistas y observaciones en las que se basa este artículo, fue su ubicación y visibilidad. A diferencia de las oficinas de atención gubernamental a los desplazados internos por la violencia en Colombia situadas también en Bogotá y donde en otras ocasiones habíamos realizado trabajo de campo, el CIAM se encontraba en un barrio de clase media en una calle principal con señalización clara y en un edificio relativamente «noble», y no escondido en barrios empobrecidos, calles periféricas, mal señalizado y en claro estado de deterioro. En el caso de la migración venezolana que llegaba a Bogotá y que aparecía habitualmente en las noticias en Colombia, la propia materialidad de las oficinas burocráticas indicaba que, al menos desde un punto de vista institucional, «la vergüenza era de otro»².

4. El contexto de la migración venezolana

La «dureza» de la asimetría de las relaciones que originan las tres contiendas que aquí se analizan es innegable si tenemos en cuenta que se trata de migrantes solicitantes de ayudas destinadas a cubrir necesidades básicas que los funcionarios públicos dan o deniegan; migrantes recién llegados que piden refugio y apoyo a familiares ya residentes en la capital; y migrantes que tratan de alquilar un piso, obtener un empleo o vender pequeñas chucherías en la calle a residentes más antiguos de la ciudad, en su mayoría colombianos. Las características propias del flujo migratorio

2. Anotación del diario de campo.

de venezolanos a Colombia y otros países de América Latina como Perú han sido consideradas, de hecho, comparables a otras crisis de refugiados que se han presentado en diferentes contextos internacionales, debido fundamentalmente a la rapidez e intensidad en la llegada de personas en comparación con la migración económica tradicional, que suele ser más lenta y progresiva, y debido también a la gran precariedad socioeconómica de las familias migrantes en el momento de la llegada (Grupo Banco Mundial, 2018). A lo largo de este artículo hablaremos de los «migrantes» como una categoría inclusiva que englobaría a las personas venezolanas desplazadas a Colombia, con especial énfasis en los migrantes recién llegados, independientemente de su estatus migratorio oficial: migrantes regulares que han obtenido el Estatus de Protección Temporal que emite el Gobierno colombiano (TPS, por sus siglas en inglés), refugiados, solicitantes de asilo, migrantes irregulares u otros. Por un lado, la mayoría de los migrantes a los que entrevistamos eran migrantes recientemente llegados a Bogotá, que se encontraban todavía informándose sobre las opciones de regularización administrativa o en los demorados procesos de solicitud o tramitación de la misma; su estatus migratorio definitivo era, en general, aún incierto. Por otro, las prácticas emocionales aquí descritas mostraron ser experiencias compartidas por los migrantes entrevistados, independientemente del carácter administrativo de su estatus migratorio o del tipo de categoría ideal de migración o de migrante considerados («desplazamiento forzado», «migración económica», etc.).

Algunas cifras servirán para ilustrar la magnitud del flujo migratorio y también las duras condiciones de vida de los migrantes, especialmente graves en el momento de la llegada. Si en abril de 2018 el número de migrantes venezolanos en Colombia ascendía a unos 650.000, a finales de junio de 2019 serían ya alrededor de 1,4 millones, y en septiembre de 2024 esta cifra habría alcanzado los casi 2,9 millones, siendo Colombia el principal país receptor de este flujo migratorio internacional (Plataforma de Coordinación Interagencial para Refugiados y Migrantes de Venezuela, 2024).

El flujo migratorio de venezolanos hacia Colombia desde 2015 hasta la actualidad estaría compuesto, principalmente, por personas jóvenes o en edades intermedias, fundamentalmente entre 20 y 39 años, con altos niveles de escolaridad en comparación con la media de la población colombiana. No habría diferencias significativas entre hombres y mujeres en el número de migrantes llegados a Colombia, ni tampoco en los niveles educativos de los mismos, aunque las mujeres sí mostrarían, sin embargo, una menor inclusión en el sector formal de la economía (Ruiz-Santacruz, Castellanos y Cristancho-Fajardo, 2023). La realización de actividades de

generación de ingresos por parte de niños, niñas y de personas en edades avanzadas, así como los altos niveles de inseguridad alimentaria, hacinamiento, desempleo y desescolarización de niñas, niños y adolescentes, muestran la enorme precariedad de los migrantes, agravada aún más en los momentos inmediatamente posteriores a la llegada a Colombia o en los casos de tránsito por Colombia hacia otros destinos migratorios. Adicionalmente, casi un tercio de los migrantes no tendría acceso al sistema sanitario, y más del 90% de quienes trabajaban ganaba menos de un salario mínimo³ (Plataforma de Coordinación Interagencial para Refugiados y Migrantes de Venezuela, 2023).

La respuesta del Estado colombiano y de las instituciones distritales podría enmarcarse en un modelo liberal de la gestión migratoria que prima la autonomía y legitimidad individual por sobre demandas de tipo colectivo y que se centra, fundamentalmente, en el estatus administrativo del migrante y en su regularización a pesar de tratar de velar por el respeto a determinados derechos fundamentales, como es el derecho a escolarizar a los menores. Este modelo estaría dejando de lado, por ejemplo, a los migrantes venezolanos con nacionalidad colombiana, bastante numerosos debido a las históricas relaciones transnacionales entre ambos países (Jaramillo y Niño, 2021).

5. Contiendas emocionales

Yo en Venezuela era empleado de la industria petrolera, pero el sueldo que te ganas en todo un mes no alcanza para comer dos días. Entonces tomé esta decisión de venirme buscando una mejor calidad de vida y espero encontrarla. Lo que es vida merece vivir, así sea una planta, una flor, una lagartija [...]. Es importante vencer, luchar, no nos podemos quedar en la queja, ¡ay que pobrecito yo que la gente me mira mal! Estamos en la lucha: somos hijos de hombres que labraron sus tierras por su libertad, por su independencia, por defender su tierra, sus valores, su idiosincrasia (Fran, fragmento de entrevista).

Fran, de 43 años, había llegado hacía un mes a Bogotá con su hija, su yerno y su nieta de alrededor de seis meses de edad. En Venezuela era empleado de una industria petrolera, pero la imposibilidad de conseguir alimentos suficientes, a pesar de contar con un salario y un trabajo fijo, motivaron su viaje a Colombia, donde pocos meses antes había viajado ya su hijo de 19 años para «explorar el terreno». Vivían al día, vendiendo dulces en la calle para conseguir el «diario», el dinero que día a día necesitaban para comprar alimentos, pañales y otros productos de primera

3. COP 1.160.000, equivalentes a USD 290.

necesidad. Por suerte, trajeron el dinero suficiente de Venezuela para pagar un mes completo del alquiler de la única habitación donde residían todos juntos, lo que les había evitado tener que dormir en la calle, como sí le tocó hacer durante meses al chico de 19 años hasta que llegó Fran, su padre. Un colombiano «buena gente» que había vivido en el pasado en Venezuela les habló del CIAM y acudieron los cinco, aunque eran Fran y su hijo mayor los encargados de navegar los entresijos de la oficina de atención para ver si podían obtener alguna ayuda, lo que parecía poco probable a las luces de las interacciones que habían tenido con los funcionarios hasta el momento. Fran insiste en su relato muchas veces, de una u otra forma, en que ellos tienen derecho a buscar una mejor vida, a trabajar por salir adelante, a estar allí y ser tratados con respeto. Había una cierta fiereza en su mirada, pero era una fiereza carente de agresividad o de saña alguna y que no contradecía, por tanto, la amabilidad ni la «corrección» con la que se relacionaba con los funcionarios, con otros migrantes que esperaban o con nosotras. Era más bien una vehemencia en la manera de ocupar el espacio, de mantenerse erguido y de no bajar el tono, a la que no estábamos habituadas en nuestra experiencia realizando trabajo de campo en contextos formales con colectivos a los que la propia institucionalidad define con la criticada etiqueta de «poblaciones vulnerables» (Macioce, 2022). Lo que Fran narraba y, sobre todo, la forma de narrarlo, estaba muy lejos de encajar en la imagen de alguien carente de poder, frágil y dependiente, que pide ayuda. La incomodidad que Fran producía y que él mismo y su hijo reconocían constantemente sentir en su «no encajar» radicaba precisamente en su dignidad palpable, en la materialidad de su orgullosa defensa de su derecho a pertenecer. La «lucha» a la que Fran hace referencia no es solo la lucha por cualquier tipo de supervivencia; «vencer» es también «no quedarse en la queja» del «me miran mal», no sucumbir a esa mirada que parece incomodarse, como veremos, ante la dignidad del otro.

5.1. La erosión de la confianza

La confianza, en algunos estudios ya clásicos sobre flujos migratorios y emociones, sobre todo en el caso de los refugiados, ha sido teorizada como una de las condiciones *sine qua non* para el establecimiento de sentimientos de pertenencia con los lugares de asentamiento de los migrantes. La confianza entendida no tanto como una actitud consciente, una creencia, sino una manera de estar en el mundo, culturalmente construida, donde nos sentimos en el ámbito de lo familiar o donde sentimos que tenemos cierto control sobre las circunstancias que nos rodean

(Daniel y Knudsen, 1995). En el caso de los venezolanos, la desconfianza pasa definitivamente al ámbito de lo consciente y adopta unas magnitudes que marcan sus relaciones con la población local y con otros venezolanos. Esa erosión de la confianza comienza para los venezolanos a los que entrevistamos, si no antes de emprender la travesía migratoria, definitivamente durante la misma:

Me vine hace seis meses para acá, en bus hasta el Táchira que es una frontera con Cúcuta y pasé por la trocha porque el puente estaba cerrado. A veces en la trocha los mismos venezolanos se aprovechan de uno porque los venezolanos traen dólares y entonces uno tiene que pagar para que lo dejen pasar, pero yo, como conocía a alguna gente, pues pasé gratis. Y en los terminales se aprovechan también mucho del que migra, le cobran 100 mil, 120, 150 por el bus de Cúcuta a Bogotá. Están estafando mucho a la gente (Ana, fragmento de entrevista).

Los relatos sobre estafas, maltratos, engaños o abusos cometidos indistintamente por colombianos y venezolanos, durante el viaje de los migrantes, o una vez llegados a destino, son habituales, lo que motiva que los migrantes insistan una y otra vez en sus narraciones en aclarar siempre la «calidad» de las personas con las que establecen relaciones, siendo algunas «de fiar» o «buenagente» para distinguirlas de otras calificadas, según el caso, como «plaga», «gente coñoemadre», «ladrones», «malencarados» o «malandros»; la confianza representa, en estos casos, el principal eje estructurador de dicha diferenciación, esto es, la cualidad fundamental a tener en cuenta en el establecimiento de nuevas relaciones sociales.

La desconfianza reina en gran medida, también, en la relación del funcionario público con los migrantes en los contextos de atención, y esto se materializa en el flujo de información entre unos y otros. Por un lado, los migrantes desconfían del uso que se pueda hacer de la información que comparten con los recolectores y dispensadores de información, que son los funcionarios. De hecho, terminan por no compartir información que creen que podría perjudicarles, como son denuncias de abusos o solicitudes de ciertas ayudas, por miedo a sufrir algún tipo de represalia, especialmente debido a su condición de irregularidad administrativa. Por otro lado, el sistema burocrático vuelve irrelevantes las biografías particulares de las personas atendidas y, en el caso de estos migrantes, son esas autobiografías, el quiénes eran, el lugar desde donde los significados y la confianza pueden restablecerse. Los funcionarios, además, justificaban la falta de coordinación institucional, la desinformación generalizada de los migrantes atendidos, argumentando que debían dosificar la información,

ya sea para no saturar a los migrantes considerados, así, como seres deficitarios, caracterizados por todo aquello de lo que carecen, ya sea para evitar el abuso del sistema por parte de migrantes aprovechados. Por tanto, los funcionarios públicos establecen, también, una diferenciación con relación a la «calidad» de los migrantes estructurada en torno a la confianza; unos serían de fiar y otros no tanto:

Hay cierta diferencia entre cómo el venezolano se relaciona con el Estado y cómo se relaciona aquí el colombiano con las instituciones. Allí llegaban hace dos años a pedir porque tenían necesidad de algo y les daban por ejemplo la canasta alimentaria. Tradicionalmente uno llegaba a las instituciones y les daban algo material. Algunas son personas accesibles y te hacen caso si tú las direccionas a un lado, están muy pendientes. Pero también hay otro tipo de personas que son los que llegan con la concepción de la canasta que les daban o que exigían alguna necesidad. Llegan esos casos al CIAM y hay incluso problemas porque las personas dicen «es que a mí me dijeron que ustedes entregaban». A veces también se encuentran versiones encontradas o una serie de mentiras [...]. La información está porque hay muchas organizaciones, quizás demasiadas. Es más [importante] la recepción de las personas porque uno encuentra que si no está ligado a un refrigerio o a un transporte o a una ayuda [material] eso no les interesa, como si les diera pereza. Yo creo que depende de la cabeza con la que ellos asimilan la información, a veces están muy perdidos, cansados [...]. El panorama es diverso, no es juzgarlos a todos de negligentes porque no es así [...]. Se puede tomar mucho más tiempo la atención humanizada, suena feo porque se supone que todos deberíamos hacerlo, pero desacoplarse de la lógica del sistema de salud al que uno está acostumbrado es complicado (trabajador de ONG, fragmento de entrevista).

Los migrantes «proscritos» en la narrativa de los funcionarios encargados de la atención serían aquellos que exigen pero no cumplen, que buscan recibir las ayudas sin querer, sin embargo, encajar en la imagen, sumisa y frágil, de los migrantes que sí encajan en un sistema que se reconoce a sí mismo como deshumanizado y caótico. La misma actitud que desde la perspectiva de los migrantes representa un esfuerzo por mantener su dignidad, es percibida como un desafío y una transgresión por parte de la institucionalidad de la sociedad receptora, incluso de los miembros de organizaciones no gubernamentales y religiosas, que mostraron tener un discurso más autocrítico que los funcionarios municipales y nacionales. Ambos, funcionario y migrante, creen en la identidad nacional, pero la del anfitrión se considera como intacta, mientras que la del migrante se percibe como una hecha añicos por parte de ese mismo sistema de atención.

La desconfianza presente en las relaciones entre funcionarios y migrantes, que los migrantes experimentan también en sus relaciones coti-

dianas con la población colombiana, se refleja, también, en la necesidad de los venezolanos atendidos de distinguirse de esos otros venezolanos migrantes, ellos sí amenazantes, ellos sí dignos de desconfianza, cuya existencia, y abundancia, justifica de alguna manera la desconfianza recibida. Y esa lucha por desplazar al sujeto de la desconfianza hacia ese otro venezolano que no soy yo se basa, precisamente, en las distintas experiencias vitales y autobiográficas del quién era yo que ese sistema de atención ignora:

Soy farmacéutico, paramédico; tengo todos esos cursos, pero no me han dado esperanza. Todo va en la educación, en los valores que te han enseñado cuando niño y en lo que uno ha estudiado. Uno tiene una forma diferente de desenvolverse que lo diferencia de los demás [...]. Arauca prácticamente está minado de puro venezolano; lo más malito ha salido de Venezuela y en vez de hacer las cosas diferentes, acá siguen en las mismas andanzas (Jairo, fragmento de entrevista).

5.2. La familia transnacional: encuentros y desencuentros

La grandísima mayoría de los venezolanos en Bogotá tienen deseos de permanecer y de reagrupar a sus familias y muchos de ellos habían contactado con familiares que ya residían en Bogotá antes de realizar el viaje (ACNUR, 2018 y 2019). Estos familiares fueron los que, en muchos casos, motivaron la selección de Bogotá como destino migratorio, ya que los animaron a migrar, les ofrecieron alojamiento y ayuda para la llegada e, incluso, les pagaron parte o la totalidad del viaje. Los vínculos transnacionales entre Colombia y Venezuela vienen de lejos y hay un altísimo número de familias binacionales, desde antes de que comenzara la llegada de venezolanos hacia Colombia en épocas recientes; la migración se había dado, sin embargo, tradicionalmente, en sentido opuesto (Grupo Banco Mundial, 2018). El papel de las redes en los procesos de asentamiento de los migrantes, especialmente de los migrantes que viajan en condiciones de irregularidad administrativa, y ante políticas y legislaciones migratorias cada vez más restrictivas, es determinante tanto en el mantenimiento de los flujos migratorios como en las condiciones de los procesos de asentamiento (Espinosa y Massey, 1999; Pedone, 2010; Sánchez, 2018). En las narraciones de los migrantes y los funcionarios se hacía patente lo que la literatura ha mostrado para multitud de flujos migratorios: las redes sociales, y particularmente las redes familiares, ofrecen al migrante una plataforma de seguridad en relación con la satisfacción de las necesidades básicas de alojamiento y comida en el momento de la llegada, una fuente

de información clave y una serie de contactos y enlaces que facilitan el proceso de inserción laboral y de búsqueda de sustento. El caso de un chico que era ingeniero mecánico, «un muchacho bien que por no tener contactos le tocó vivir en la calle» es ilustrativo de cómo «si no tienen redes de apoyo, aunque vengan de tener muchas comodidades, no encuentran nada» (funcionaria, fragmento de entrevista).

Sin embargo, existe una enorme tensión entre la obligación de ofrecer ayuda al recién llegado por parte de los miembros de su familia que viajaron antes que él, esto es, entre la solicitud y el ofrecimiento de ayuda y apoyo entendida como legítima en el escenario previo a la migración, y la materialización de dicha ayuda en el contexto postmigratorio. No es raro que, después de ofrecerse a acoger al familiar en cuestión, la persona que se había ofrecido no aparezca una vez que el migrante llega a la ciudad, no responda a las llamadas o solicitudes de ayuda, o termine, incluso, echándolo a la calle al cabo de unos días o semanas. Como nos comentó el hijo de Fran de 19 años, «cuando uno no tiene plata es como el muerto, a los tres días apesta. Yo me tuve que marchar de donde mi prima; como yo no aportaba nada me tocó irme y dormir en la calle» (Rubén, fragmento de entrevista). La incomodidad del saberse sobrante, del no haber, de ser fuente de malestar y de incomodidad para el otro, para las mismas personas que le ofrecieron refugio, es representada metafóricamente por una peste, un mal olor que no puede ignorarse, una incomodidad pegajosa. El resquebrajamiento de la confianza en las redes familiares transnacionales se da, incluso, entre los miembros más próximos de las unidades domésticas y en los casos donde el ofrecimiento de ayuda había motivado la migración misma: «Me dijo que me viniera mi papá, pero cuando llegué aquí no conté con él y me tocó quedarme en casa de la tía de mi pareja. Mi papá me dijo que no me podía recibir» (Rosa, fragmento de entrevista). Las relaciones transnacionales y las emociones a ellas asociadas que operaban en el contexto premigratorio son, por tanto, puestas a prueba y transformadas en el nuevo escenario, dejando al migrante recién llegado en muchos casos sin el asidero identitario del «quiénes éramos», que poco a poco va atomizándose al «quién era yo» como punto de partida para la reconstrucción del sentimiento de pertenencia.

En ninguno de los casos donde las personas entrevistadas nos narraron haberse sentido abandonadas por parte de sus familiares en momentos de enorme necesidad, se refirieron al papel jugado por ellas mismas en dichas situaciones en términos pasivos. Por el contrario, la decisión y la acción de marcharse de una casa donde no se es bienvenido o de abandonar un negocio compartido o un empleo donde el trato no se percibe como

justo o adecuado correspondía siempre, en los relatos de los migrantes, a ellos mismos como sujetos activos que, ante la injusticia recibida, optaban por defender un honor y una dignidad que la mirada del otro ponía en entredicho. A Rubén le «tocó irse» de casa de su prima; Andrea y su marido ya no querían estar en casa de la prima que los había acogido y buscaron otro lugar porque, en palabras de Andrea, «yo no me dejo gritar ni por mi mamá, usted no va a venir de grosera conmigo» (Andrea, fragmento de entrevista). El caso de Luz Marina, una mujer de 31 años que residía en el momento de la entrevista en el albergue que ofrecía la Fundación de Atención al Migrante de la Arquidiócesis de Bogotá, es especialmente ilustrativo en este sentido, puesto que, antes de que la echaran sus familiares de la casa y el negocio que compartían, decidió tomar la iniciativa de marcharse primero:

Yo me vine con la esposa de mi primo. Mi primo ya estaba acá; yo siento que más que todo me usaron para que ella se viniera porque él ya estaba acá y él ya se iba a regresar porque no quería estar sin su hijo y sin su esposa. Después de que empezamos a vender tequeños nos fue bien y entonces ya mi primo vio el dinero y como que yo les estaba estorbando. Yo preguntaba algo y él me respondía mal, cosas así [...] Ya ellos tenían buscado (alojamiento), mi primo y su esposa, pero no le habían dicho nada a nadie. Mi primo el último día sacó el dinero y se lo guardó como si yo me lo estuviera robando. No quise ir a vivir con ellos ni quedarme en el negocio de los tequeños porque sé que en cualquier momento me habrían sacado y me vine para acá (Luz Marina, fragmento de entrevista).

No dejarse gritar, no bajar el tono, no dejarse echar sino irse una misma, sin bajar la mirada, incluso sonreír, como veremos, pueden representar transgresiones en la dialéctica de los afectos dada la asimetría de las relaciones y la precariedad material de los migrantes. Parecería más «esperable», más convencionalmente aceptable o apropiado, menos incómodo, intentar dejar de sobrar haciéndose cada vez más y más pequeño, como esas personas «perdidas y cansadas, accesibles [...] que te hacen caso», como decía el funcionario.

5.3. «Se siente en su mirada»

¡Nos ven como extraterrestres, como si no fuéramos seres humanos, extraterrestres! Se siente en la mirada de la persona, en lo esquivos que son, en que nos miran y es como si miraran a una persona mala, a un delincuente [...] Si migré yo y migró un delincuente, no puede ser que por yo ser venezolano me traten como delincuente. Eso no es justo. La ley se la aplican a todos los venezolanos, pero no así la justicia (Mauro, fragmento de entrevista).

La mirada representa, en las interacciones de los migrantes con los residentes tradicionales de la ciudad de Bogotá, el canal a través del cual los cuerpos en interacción se «tocan», se afectan; el reflejo de sí mismos que los migrantes perciben en la mirada del otro se les pega, y es con ese reflejo pegajoso con el que se establece la contienda. Las miradas que se encuentran pueden así entenderse como el espacio fronterizo entre dos cuerpos en el momento de su mutuo reconocimiento. Al igual que las fronteras han sido interpretadas analíticamente como espacios material-simbólicos que ofrecen distintos espejos en los cuales reflejarse al materializar la existencia de distintos sistemas clasificatorios (Vila, 1999), la mirada puede también entenderse como un espejo del sistema clasificatorio subjetivado. En la relación enormemente desigual que se establece entre migrantes y anfitriones, son los migrantes los que sienten la urgencia de buscar un lugar habitable, un reflejo de sí mismos que resulte digno y soportable en el sistema clasificatorio dominante materializado en la mirada de sus anfitriones. Los anfitriones pueden ser tanto funcionarios que les piden información, familiares que pueden o no acogerlos, transeúntes a los que tratan de vender dulces, comerciantes a los que piden trabajo o caseros con los que negocian un alquiler. La ineludibilidad de ser un «otro», que los migrantes en sus relatos achacan a su acento reconociblemente venezolano, les coloca además, constantemente, en la posición de tener que responder a dicha alterización que «se siente en la mirada de la persona», como nos comentaba Mauro, un hombre de 51 años que había llegado hacía menos de un mes a Bogotá y que vendía dulces en la calle para mantenerse a sí mismo y a su hija adolescente.

En esa búsqueda del intentar «hacerse hueco», los migrantes, lejos de encajar en la expectativa y en el reflejo de la mirada objetivante del otro que esperaría encontrar o bien la sumisión de quien se siente perdido o de quien se sabe necesitado, o bien la agresividad y la ira de alguien violento y peligroso, muestran también una indiferencia que neutraliza hasta cierto punto el poder de la mirada dominante de los otros. En palabras de Mauro: «La discriminación aquí en Bogotá es fuerte. Ahorita andamos vendiendo caramelos, chucherías y se los ofrecemos a la gente y la gente una mala cara y a cambio les devolvemos una sonrisa, no le paramos bolas y seguimos» (Mauro, fragmento de entrevista). La indiferencia, el «no pararle bolas», materializada como en el caso de Mauro en la dignidad de una sonrisa, permite al migrante escapar de una objetivación que lo denigra —ya sea la del migrante «vulnerable» o la del migrante «delincuente»—. Le permite, por tanto, negarse a reconocer como propias las categorías de percepción del otro arrebatándole, de ese modo, su poder clasificatorio. Si los migrantes no llegan a imponer como representación

objetiva y colectiva de sus cuerpos y de sus seres la imagen que ellos tienen de sí mismos, lo que podría entenderse como «vencer la contienda», lo gran desde luego resistir, entendiendo la resistencia, retomando a Foucault, como «un proceso de creación; crear y recrear, transformar la situación, participar activamente en el proceso» (Benavides, 2019, p.254). Vencen, recordando las palabras de Fran, porque logran sustraerse a la mirada del otro sin que ello implique bajar o retirar la suya; lo que hacen, finalmente, es reclamar su derecho a ser ellos también espejo de los otros, obligarles a mirarse en el reflejo de su propia mirada.

La sonrisa no representa, sin embargo, tan solo una muestra de indiferencia; es, también en ocasiones, síntoma de una alegría, de una aparente despreocupación que parece no encajar, no corresponder, que no se comprende. Conocimos a Manuela en la sala de espera del Centro Abrazar de la Alcaldía de Bogotá, donde los niños y niñas de migrantes venezolanos todavía no incluidos en el sistema educativo formal podían dejar a sus hijos al cuidado de profesionales mientras iban a buscarse «el diario». Ocupaba el espacio, al igual que habíamos notado con Fran, como alguien que tuviera derecho a estar allí y no como alguien que pidiera permiso, pero, a diferencia de Fran, lo que resultaba desconcertante no era la fiereza sino la jovialidad con la que reía y bromeaba con sus hijos y hasta lo relajado de su postura. Su forma, enormemente eficaz, de apropiarse del espacio, de hacerlo suyo, no radicaba en una vehemencia o en una consciencia observable de su derecho a reclamar un lugar, sino en el carisma de su despreocupada y alegre vivacidad. Tenía 26 años y cinco hijos, vivía con su pareja, un migrante venezolano tres años menor que ella y padre de uno de sus hijos en un «ranchito» de madera autoconstruido en el aparcamiento de un conocido y el diario lo conseguía principalmente reciclando, sirviéndose de una carreta, oficio asociado a la delincuencia y a la droga en la ciudad. «A mí no me da pena⁴ reciclar; eso es un trabajo. No me interesa lo que diga la gente» (Manuela, fragmento de entrevista). Especialmente, desde que no tenía que llevarse a sus hijos mientras reciclaba o vendía dulces, lo que ganaba le alcanzaba para cubrir las necesidades alimentarias de todos y tenía, además, la «dicha de que llegamos a un lado, de que tenemos un techo. No podemos desesperarnos ni dejarnos achicopalar⁵». Al conversar con ella en una cafetería cercana, su dicha se nos hacía palpable y contagiosa, relajada y sincera, pero en absoluto despreocupada, como a simple vista habría podido parecer. Su alegría no parecía asociarse a frivolidad alguna, pero tampoco al tan endiosado ímpetu emprendedor o productivo; su pareja, Tomás, la regañaba a menudo,

4. «Pena» se usa en este caso como sinónimo de vergüenza, no de tristeza.

5. «Achicopalar» hace referencia al acto de achicarse, acobardarse, desanimarse.

de hecho, por resistirse a cursar estudios gratuitos aprovechando su favorable situación administrativa para «no ser conformista y avanzar», como decía él, quien, sin embargo, reconocía sentirse deprimido y desesperanzado. La sonora alegría de las formas de ella, lejos de hacerla encajar, la volvía incómoda, lo que se hacía evidente en la sala de espera donde nos encontramos con ella. Su entusiasmo no podía explicarse como el éxito de las herramientas disciplinarias que bajo la promesa de la felicidad y el imperativo de la alegría determinan los modos «correctos» de vivir mientras sancionan las desviaciones de la norma (Ahmed, 2019). Gran parte de sus elecciones y sus modos de estar resultaban, de hecho, transgresoras: vivía con un hombre más joven con el que iba a casarse para regularizar la situación de él, se dedicaba a un oficio «inapropiado» —de hombres, drogadictos y delincuentes—, había dejado trabajos por lo injusto de las condiciones a pesar de su situación material y había perdido otros por no quedarse callada —«no voy a venir a regalar mi trabajo porque yo trabajo muy bien; si es un trabajo que yo sé hacer no me vas a pagar lo que tú quieras»— y, declaraba, además, no haberse sentido perdida, confusa ni desvalida en su proceso de llegada a Bogotá: «No me pareció difícil saber cómo funcionaban las cosas porque me tocó guerrearla desde el principio; desde que llegué acá». Y por si todo esto fuera poco, hablaba, reía y se movía como alguien alegremente indiferente a la mirada de los otros. Su alegría se sentía, sin duda, como un acto de resistencia.

6. Reflexiones finales

Los migrantes venezolanos, en sus interacciones emocionales con los funcionarios públicos que les atienden, así como en sus narrativas sobre sus interacciones cotidianas en sus barrios de residencia y trabajo, muestran a menudo sentimientos y reacciones emocionales consideradas inapropiadas por parte de la sociedad receptora, del sistema burocrático de atención gubernamental y por parte, también, de las agencias de cooperación internacional. Esta dialéctica de los afectos pone de manifiesto la evidente tensión entre afectos hegemónicos y subalternos en un contexto determinado; el carácter apropiado o inapropiado de los afectos, es, de hecho, cambiante, y radica, como se ha visto, en lo circunstancial y diverso de los contextos en los que se producen los encuentros. También el orgullo, la indiferencia o la alegría pueden resultar incómodos, transgresores y amenazantes, al poner en cuestión el orden moral normativizado entre migrantes y anfitriones al tiempo que representan, para los migrantes, formas habitables de vincularse y pertenecer en el nuevo entorno.

En un contexto de cierta desconfianza entre migrantes y anfitriones, de posible atomización de las relaciones sociales familiares en el momento de la llegada y de un abordaje individualizante de la gestión migratoria, la persona se convierte en el lugar de la explotación, de la subordinación y de la resistencia, de la contienda. Los migrantes venezolanos narran experiencias de resistencia, de enfrentamiento emocional ante esa imagen de sí mismos que reciben tanto en el ámbito institucional como en los espacios públicos y privados de interacción con la población local. Mostrarse y sentirse orgullosos, sonrientes o indiferentes puede representar para los migrantes una forma de reivindicar una pertenencia alejada de los ejercicios clasificatorios que los sitúan, o bien como seres inmorales y amenazantes, o bien como seres vulnerables y carenciales. Estos «pequeños» actos de resistencia encarnados en una sonrisa cuando se esperaba que se bajase la mirada, en una respuesta o una insistencia cuando se esperaba que se callara, no suponen, sin embargo, un cuestionamiento de esa lógica productiva de desocialización y desvinculación con los servicios del Estado, de precariedad y atomización donde los migrantes dependen, o creen depender, fundamentalmente de su propia motivación para poder sobrevivir.

Declaración de conflicto de intereses

Con ese título publicamos previamente un trabajo en ARIES (DOI 10.11156/aries.2020.AR0000540), cuya investigación hemos ampliado y complementado en este artículo.

Referencias

- ACNUR (2018). *ACNUR Colombia y el registro de venezolanos*. En <https://www.acnur.org/media/acnur-colombia-y-el-registro-de-venezolanos>.
- ACNUR (2019). *Monitoreo de Protección. Informe semestral*. En <https://www.acnur.org/media/peru-monitoreo-de-proteccion-informe-semestral-julio-de-2019>.
- Ahmed, S. (2015). *La política cultural de las emociones*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Ahmed, S. (2019). *La promesa de la felicidad. Una crítica cultural al imperativo de la alegría*. Caja negra.
- Auyero, J. (2011). Patients of the State: An Ethnographic Account of Poor People's Waiting. *Latin American Research Review*, 46(1), 5-29.
- Auyero, J. (2012). *Patients of the State. The Politics of Waiting in Argentina*. Duke University Press.
- Babbie, E. (2010). *The Practice of Social Research*. Cengage Learning.
- Benavides, T.A. (2019). El cuerpo como espacio de resistencia: Foucault, las heterotopías y el cuerpo experiencial. *Co-herencia*, 16(30), 247-272.

- Besserer Alatorre, F. (2014). Regímenes de sentimientos y la subversión del orden sentimental: Hacia una economía política de los afectos. *Nueva antropología*, 27(81), 55-76.
- Boric Bargetto, L.V, Gissi-Barbieri, N., y Saldívar Arellano, J.M. (2021). Migraciones transnacionales en contextos latinoamericanos: experiencias, prácticas y dis-continuidades en la creación de futuros posibles. *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología*, 43, 3-23.
- Daniel, E.V., y Knudsen, J.C. (Eds.) (1995). *Mistrusting refugees*. University of California Press.
- Elliot, A. (2015). Paused Subjects: Waiting for Migration in North Africa. *Time & Society*, 25(1), 102-116.
- Elliot, A. (2016). The Makeup of Destiny: Predestination and the Labour of Hope in a Moroccan Emigrant Town. *American Ethnologist*, 43(3), 488-499.
- Espinosa, K., y Massey, D. (1999). Undocumented migration and the quantity and quality of social capital. En L. Pries (Ed.), *Migration and Transnational Social Spaces* (pp.106-137). Ashgate.
- Fassin, D. (2003). Gobernar por los cuerpos, políticas de reconocimiento hacia los pobres y los inmigrantes en Francia. *Cuadernos de antropología social*, 17, 49-78.
- Fernández García, S., Sánchez Valle, F., y González Enríquez, I. (2025). Emociones ghosting, una economía emocional entre la subjetividad individual y la relacionalidad. *Revista de Antropología Social*, 34(1), 45-56.
- García-Dauder, D., y Guzmán Martínez, G. (2024). El valor epistémico de la ira/rabia: De la ira psicologizada a la rabia politizada. *Teknokultura. Revista de Cultura Digital y Movimientos Sociales*, 21(1), 7-17. En <https://doi.org/10.5209/tekn.90066>.
- Geoffrion, K., y Cretton, V. (2021). Bureaucratic Routes to Migration. Migrants' Lived Experience of Paperwork, Clerks and Other Immigration Intermediaries. *Anthropologica*, 63(1), 1-28.
- Glaveanu, V.P., y Womersley, G. (2021). Affective mobilities: Migration, emotion and (im) possibility. *Mobilities*, 16(4), 628-642.
- González Enríquez, I. (2025). Exclusion and institutionalized criminalization: the case of forced displacement in Bogota, Colombia. *Anthropological Notebooks*, 31(3), 62-85. En <https://anthropological-notebooks.zrc-sazu.si/Notebooks/article/view/677>.
- González Torralbo, H. (2016). Encuentros y desencuentros en el campo de las familias transnacionales a propósito del análisis de las desigualdades. *Desacatos*, 52, 86-91.
- Grupo Banco Mundial (2018). *Migración desde Venezuela a Colombia: Impactos y Estrategia de Respuesta en el corto y mediano plazo*. En <https://openknowledge.worldbank.org/entities/publication/d64aecb1-4ac9-578c-a96d-65a84f846d46/full>.
- Hall, A. (2017). 'These People Could Be Anyone': Fear, Contempt (and Empathy) in a British Immigration Removal Centre. En M. Svašek (Ed.), *Emotions and Human Mobility* (pp.17-34). Routledge.
- Hammersley, M., y Atkinson, P. (1994). *Etnografía. Métodos de investigación*. Paidós.
- Healy, C. (2007). A nation of emigrants or immigrants? The challenge of integration in Ireland and Portugal. *Irish Migration Studies in Latin America*, 5(2), 111-20.

- Herzfeld, M. (1992). *The social production of Indifference. Exploring the symbolic roots of Western Bureaucracy*. Chicago University Press.
- Hirai, S. (2009). *Economía política de la nostalgia. Un estudio sobre la transformación del paisaje urbano en la migración transnacional ente México y Estados Unidos*. UAM-Casa Juan Pablos.
- Hirai, S. (2014). La nostalgia: Emociones y significados en la migración transnacional. *Nueva antropología*, 27(81), 77-94.
- Jaggar, A. (2008). Love and knowledge: Emotion in feminist epistemology. *Inquiry*, 32(2), 151-176. En <https://doi.org/10.1080/00201748908602185>.
- Jaramillo, F., y Niño, C. (2021). Respuestas a la migración venezolana en Bogotá: una aproximación subnacional al fenómeno. *Revista de Estudios Sociojurídicos*, 23(1), 403-429.
- Labanyi, J. (2016). *Pensar los afectos*. Conferencia CCCB. En <https://www.cccb.org/es/multimedia/videos/jo-labanyi/223394>. Consultado el 10 de marzo de 2025.
- Lorde, A. (2022). *La hermana, la extranjera*. Horas y horas.
- Lugones, M. (2021). *Peregrinajes. Teorizar una coalición contra múltiples opresiones*. Ediciones del signo.
- Macioce, F. (2022). El valor y la importancia política de los grupos vulnerables. *Revista de estudios políticos*, 195, 245-265. En <https://doi.org/10.18042/cepc/rep.195.09>.
- Montiel, E.J. (2021). Semiósfera urbana, vida cotidiana y otredad: narrativas de migrantes venezolanos en Bogotá. *Nómadas*, 54, 135-151.
- Pedone, C. (2010). Cadenas y redes migratorias: propuesta metodológica para el análisis diacrónico-temporal de los procesos migratorios. *Empiria: Revista de metodología de ciencias sociales*, 19, 101-132.
- Plataforma de Coordinación Interagencial para Refugiados y Migrantes de Venezuela (2023). *Análisis de necesidades de refugiados y migrantes*. En <https://www.r4v.info/es/document/rmna-2023-analisis-de-necesidades>.
- Plataforma de Coordinación Interagencial para Refugiados y Migrantes de Venezuela (2024). *Personas refugiadas y migrantes venezolanas* (noviembre). En <https://www.r4v.info/es/document/r4v-america-latina-y-el-caribe-refugiados-y-migrantes-venezolanos-en-la-region-noviembre-3>.
- Rivero, P. (2019). *Sí, pero no aquí: Percepciones de xenofobia y discriminación hacia migrantes de Venezuela en Colombia, Ecuador y Perú*. Oxfam. En <https://policy-practice.oxfam.org/resources/si-pero-no-aqui-percepciones-de-xenofobia-y-discriminacion-hacia-migrantes-de-v-620890/>.
- Ruiz-Santacruz, J.S., Castellanos, E., y Crisancho-Fajardo, C. (2023). Caracterización de la migración de Venezuela hacia Colombia y su influencia en la reunificación familiar. *Población y Salud en Mesoamérica*, 20(2), 19-44.
- Sánchez M.R. (2018). *Cruzar fronteras en tiempos de globalización*. Alianza Editorial, Madrid.
- Svašek, M. (2010). On the move: Emotions and human mobility. *Journal of Ethnic and Migration Studies*, 36(6), 865-880.

- Vila, P. (1999). Construcción de identidades sociales en contextos transnacionales: el caso de la frontera entre México y los Estados Unidos. *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, 59.
- Wettergren, Å. (2019). Emotive-cognitive rationality, background emotions and emotion work. En R. Patulny, A. Bellocchi, R. Olson, S. Khorana, J. McKenzie y M. Peterie (Eds.), *Emotions in late modernity* (pp. 27-40). Routledge.
- Wise, A. (2010). Sensuous multiculturalism: Emotional landscapes of inter-ethnic living in Australian suburbia. *Journal of ethnic and migration studies*, 36(6), 917-937.
- Wise, A., y Velayutham, S. (2017). Transnational Affect and Emotion in Migration Research. *International Journal of Sociology*, 47(2), 116-130.